

con los bailes, llenan el espacio cantares y cohetes, se come en las tabernas, se duerme allí donde el sueño acomete, y si no se echa por la ventana la casa, es porque nadie se acuerda de entrar en la suya mientras duran las fiestas. ¡Bendita sea la Providencia Divina!... ¡Zambomba! algo te ha llovido encima del sombrero... ¿A ver?... Las tripas de una sardina; pero no te extrañe el suceso, pues como estarán desbandullando muchas en el balcón de encima y son raros en esta calle intrusos como nosotros, estas buenas gentes arrojan á ella las inmundicias sin escrúpulo ni reparo... Para huir de éste y otros inconvenientes no más aseados, conviene que salgamos de aquí cuanto más antes.

Ya estamos en plena civilización otra vez, y á fe que no lo deducirás del cantar que de entonar acaba ese mozalbeta de blusa... ¿Te va chocando tanta música popular? Esperaba que me lo dijeras. Pues has de saber que aquí se canta toda la noche... y todo el día. Canta la fregona al ir á la fuente y en el fregadero, y canta el *peón* cuando trabaja y cuando deja de trabajar, y el aprendiz de zapatero cuando va de «entrega,» y el vago que se cansa de serlo, y el *motil* ó grumetillo que vuelve á bordo, y el oficial de sastre y todos los jornaleros de todos los géneros y categorías en cuanto se

echan á la calle... y no te incluyo en esta música, que es de pura afición, á los *artistas de profesión*, como los indígenas ciegos de vihuela, y los de gaita y lazarillo con panderetas, exóticos, de la provincia, que en ciertos días de la semana, como el sábado, aturden la población. Y si de ella sales ahora, oirás cantar al carretero en el camino real, y al mozo que ronda la casa de su moza, y al sacristán que va á tocar á las oraciones, y al enterrador que abre una fosa... y á todo bicho viviente; que aquí, como en ninguna parte, se evidencia la admitida opinión de que los montañeses de todo el mundo son bullangueros y danzarines de suyo.

¿Por qué te sobresaltas? ¿Crees que el ruido que se oye procede de algún escuadrón de demonios que se ha escapado del infierno con todos sus chismes de freir y de tostar? Pues es lisa y llanamente una *cencerrada* que se está dando en la calle contigua á algún viudo que se ha casado hoy en ella. Acerquémonos y verás... Calderas, bocinas, cencerros, campanillas, regaderas... de todo lo más acre, estridente y ruidoso en materia de sonidos hay en esta infernal orquesta... Ahora cesa la *instrumentación* y comienzan las voces solas.

*Una.* ¿Quién se casa?

*Coro.* Melitón el de la calva.



*Una.* ¿Con quién?

*Otra.* Con Mariquita *la cancançada*.

*Coro.* Pues siga la cencerrada.

¡Y dale que le das!... Y aquel pillete que asoma por la esquina con un almirez, se une al grupo; y esa vecina que vuelve de la fuente con un *calderón* lleno sobre la cabeza, al ver lo que pasa derrama el agua en el suelo, mete en el cántaro unos morrillos y ¡zurra que es tarde! Silba un granuja, grazna un remendón, relincha un carretero, aullan por simpatía los perros vagabundos, lánzase á los novios de acá un chiste, de allá una grosería y del otro lado una indecencia, y sin duda porque la boda es de pro, confúndense en este pastel horripilante la burda chaqueta y el elegante gabán, la camisa remendada y los guantes de cabritilla, el luengo ropaje del sexo débil y la estrada librea del que peina barbas y hace las constituciones y los bandos de orden y buen gobierno; que en ciertas ocasiones y para determinados actos, la humanidad no gasta remilgos ni para mientes en grados de alcurnia ni de posición social: sola se exhibe con sus tendencias ingénitas, con sus resabios esenciales, y ni la calidad ni el corte del vestido le imponen deber alguno: entonces es nieta de Caín y nada más.—Ya sabes, por el apóstrofe *coreado* que oiste, que el novio se llama Meli-

tón y que es calvo, y que se llama la novia María y es *cancançada*, ó marcada de viruelas. Pues del mismo modo te irán diciendo poco á poco cuántos años tienen, y qué caudal, y por qué se casaron, y una multitud de cosas más, ciertas unas é inventadas otras, pero capaces todas de hacer enrojecerse de vergüenza á los sillares de un cuartel. Jamás he podido comprender yo el derecho en que se funda esta brutal costumbre tan arraigada aquí aún y tan popular en toda España *in illo tempore*. Y lo mismo que yo debía pensar de las cencerradas un señor muy conocido en Santander, cuando quiso disolver á tiros, desde el balcón, una que le estaban dando; pero no la disolvió, porque ¡pásmate! se llamó *barbaridad* al justísimo desahogo de mi anciano amigo (q. e. p. d.), y eso que desde abajo le estaban poniendo, siendo él el tipo de la honradez, como un trapo sucio; lo cual prueba que sobre el derecho natural, y sobre el sentido común, y sobre el sagrado de la familia, y sobre todo lo más santo y respetable, está la tiranía de la *costumbre*, por estúpida, por indigna que ella sea de la fama que lleva el siglo en que aún impera y nosotros alcanzamos. ¡Ah, pues las cencerradas, á pesar de lo que estás viendo, son aquí tortas y pan pintado! Yo te puedo citar pueblos de esta provincia en los cuales, pocos años hace,



aún era *costumbre admitida* sorprender á los novios en el lecho, colocarlos amarrados y desnudos sobre un carro cuyas ruedas se *desencambaban* exprofeso y sufriendo las angustias de este bárbaro martirio, bajarlos al galope por las cuestas más rápidas y desiguales de las inmediaciones, entre la algazara del bromista vecindario; y por fin y término de la *broma*, darles un baño, aunque fuese en el rigor del invierno, en el río más próximo, ó en el mar, si no estaba á más de una legua del pueblo... Te aseguro que en punto á cencerradas se han hecho primores en este país; y sin salir de Santander te pudiera citar tres muy célebres... En fin, hombre, yo he visto aquí una cencerrada *¡de caballería!* Sí, señor: á caballo, formados en escuadrón y con trajes *históricos*, iban los directores y principales ejecutantes de la *sinfonía*. ¿Quieres más?... Pero observo que te sobra con lo que estás viendo y que deseas alejarte de aquí; y como á mí me sucede lo propio, nos vamos con nuestras meditaciones á otra parte.

El mercado de Atarazanas. Bajo esta gótica ó morisca *socarreña* en que durante el día se venden frutas, harina y otros excesos al por menor, vendrán á reunirse muy pronto, con los farolillos encendidos, que colocarán en fila junto á los respectivos chuzos, los serenos que

á la primera campanada de las diez se dispersarán por la ciudad á cumplir su canora y nocturna obligación.

Pasamos por debajo del puente que, si mal no recuerdo, también se llama de Vargas, en conmemoración de la susodicha batalla, y me complazco en poder ofrecerte un espectáculo que te ha de borrar la desagradable impresión que conservas del de la cencerrada que aún se oye desde aquí. Y cuenta que no aludo al flamante pedestal que se alza en el centro de esta también nueva plaza, construída sobre la antigua dársena, esperando pacientísimo la estatua que nunca acaba de fundirse, de nuestro heróico paisano don Pedro Velarde, y á la cual ha de servir de base: refiérome al espectáculo que nos ofrece la naturaleza en este momento, y en el que, según observo, te has fijado ya; espectáculo frecuentísimo en Santander en las noches de otoño.—Mas, para que le aprecies en toda su magnificencia, hemos de colocarnos sobre aquel negro promontorio de enfrente, que es el famoso *paredón* del Muelle de las Naos.

Ya estamos en el verdadero punto de vista. Tiende la tuya en derredor y dime si has admirado muchos cuadros más bellos que éste. La luna en toda su plenitud, sin una sola nube que empañe su claridad, reflejándose en el verdoso cristal de la bahía, produce sobre ella



una ancha faja de luz inquieta y fosforescente que, naciendo en la angosta embocadura de San Martín, viene á perderse entre el bosque flotante de naves, que cerca de nosotros parecen dormitar, como si reponiendo estuvieran sus bríos para lanzarse mañana á luchar de nuevo con las tempestades del embravecido Océano. Como barreras de este líquido inmenso espejo, allá la negra mole de Cabarga, el gracioso pico de Solares, los cerros ondulantés del Puntal, Pedreña, Guarnizo y Muriedas, y más lejos las elevadas crestas del Asón y del Escudo limitando el horizonte; acá la larga fila de monumentales edificios iluminados por la pálida luz del astro y mirándose en las tranquilas aguas que lamen los pulidos sillares del muelle, y las colinas de Molnedo hasta el breve promontorio sobre el cual alza su joroba el desmantelado castillo de San Martín, como inválido inútil centinela del puerto. Oyése el canto melancólico del remero, y el ruido lejano del mar, y el acompasado martilleo del molinete, y el susurro de las aguas; y como complemento de este panorama sublime y animado, mira una diadema de nubes de oro y escarlata sobre el azul purísimo del cielo, pugnando inútilmente por ceñir más de cerca el disco luminoso de la luna...

Yo no he visto las noches del Bósforo, ni

las de Nápoles, ni otras cien noches más que los poetas melenudos y los *touristas* de hoy han hecho célebres en teatros, libros y salones; pero sí he observado que en todos y cada uno de esos cuadros fantásticos y encantadores entran, como elementos componentes, los que ahora estamos admirando: la luna plateada, la barquilla ó la góndola surcando la tranquila superficie de las aguas, los reflejos, los tornasoles y hasta torrentes de luz juguetera, las montañas, la brisa, los palacios... De donde yo deduzco que en Venecia, en Nápoles ó en Constantinopla podrá haber noches poéticas hasta donde tú quieras, pero no más que las de Santander.

Ni un alma en la Ribera, y es natural: siendo el centro, durante el día, de la ebullición mercantil, de noche es el sitio que más reposo necesita... Sin duda por eso vienen á turbarle esos cantadores que asoman por la esquina de la Aduana... Ocho nada más...

«Los de Santander  
no van á Madrid,  
porque se *le ha roto*  
el ferrocarril.

Rió, rió,  
rio-ja, ja, ja, já;  
los de la calle Alta  
me la han de pagar »



Te prevengo para tu satisfacción que hace más de un año no privan aquí entre la gente del pueblo más que ese cantar tal como le has oído, y otro que no le va en zaga, así por la letra como por la música, que no tardarán en *echar* estos mismos trovadores... Ahí le tienes:

UNA VOZ. «Ayer mañana fui á bordo  
y le dije al capitán:

CORO. Que toma la vizcainita,  
que toma la vizcainá.»

Tiene este cantar sobre el anterior la desdichada ventaja de que no se le oye el fin, pues preguntando la voz primera y respondiendo el coro siempre con el mismo estribillo, llega la tarea de los cantadores mucho más allá que la resignación de los que se ven en la angustiosa necesidad de oírlos.

Te llamó antes la atención lo mucho que aquí se canta de noche, y ahora caes en la cuenta de que las coplas que vas oyendo, cuando no pican en indecentes, pecan de bárbaras y chocarreras, y me preguntas en qué consiste esto. Yo no lo sé, amigo mío; pero es lo cierto que autores de mucha y muy merecida fama aseguran que *el pueblo es UN GRAN POETA*. Y suelen decir en apoyo de su temerario aserto:—«¿De dónde proceden, si no, esas tiernas baladas, esos cantares sentidos que an-

dan en boca del pueblo, y aunque bajo unas formas sencillas y desaliñadas, encierran bellos y poéticos pensamientos?» Muchas ganas se me han pasado algunas veces de contestar á estos señores lo que, aquí donde nadie nos oye, te voy á decir en confianza.—¿De dónde proceden, preguntáis (les hubiera yo dicho), esos cantares tan bellos que se oyen (muy de tarde en tarde por cierto) en boca de los sencillos trovadores de las calles y de los bosques? De vosotros, señores míos, de vosotros, ó de otros poetas como vosotros, que los han creado tan bellos en la forma como en el pensamiento; el pueblo los ha hallado después, los ha *traducido* á su lenguaje tosco y vicioso, les ha aplicado el aire que, en su sentir, mejor les cuadraba, y se los ha cantado en seguida. De modo que, en mi humilde opinión, lo único que deben esos ligeros fragmentos de bella poesía al pueblo que los manosea, es el favor de encontrarse mutilados y contrahechos á lo mejor de la vida, cuando nacieron perfectos.

Y no es posible otra cosa. Désele á ese «gran poeta» que, por ende, debe sentir las bellezas del arte en todas sus manifestaciones; désele, repito, un hermoso mármol del mismo Fidias, y suponiendo que le quiera recibir por *descolorido* y *ordinario*, se verá cómo no tarda en colgar un cascabel del cuello de la estatua, en



ponerla una cofia en la cabeza y un ramillete de siempre-vivas en la mano, cuando no un refajo sobre las caderas, ó en pintarle las mejillas de almazarrón y de verde las pantorri-llas; y no por escarnio, no, señores, sino por-que cree sencillamente que así está más *maja*. Millones de hechos como éste prueban con toda evidencia que el pueblo, es decir, la masa indocta, no solamente no es capaz de crear nada bello, pero ni aun de conservarlo... ni siquiera de distinguirlo. Y cuenta que estas mis observaciones, que yo extendiera mucho más si la ocasión lo exigiese, son hijas de un detenido estudio de este pueblo, que no sola-mente es el que más canta en España y el que, proporcionalmente, más emigra á América y á Andalucía y á multitud de puertos del mun- do, y por tanto, el que más ve y oye y puede comparar, sino el que, como *instruído*, figura el primero en la estadística (1); es decir, que en materia de cantares y de cantares *pulidos*, no debe tener en España otro pueblo que le eche la pata. Pues ya has oído cómo canta. ¡Figú- rate cómo cantarán los demás! Y basta de *mú- sica* por ahora.

No me negarás que es de gran efecto la pers-

(1) Véase la publicada últimamente respecto á instrucción pri- maria, en la cual figura esta provincia á la cabeza de las demás de España.—(N. de la ed. de 1871.)

pectiva que en este momento presenta el Mue- lle contemplado desde aquí en dirección á Molnedo: hasta la soledad que en él reina con- tribuye á hacer el cuadro más fantástico.—Re- para esta especie de ovillo humano que yace sobre el santo suelo en el hueco de esa puerta cerrada: son chicuelos de la calaña de *Cafete- ra*, de aquel *vaquero* de quien te hablé en las *Escenas*, que duermen, enroscados como an- guilas en banasta y sirviéndose mutuamente de colchón, almohada y cobertura, mientras llegan del mar las lanchas á que pertenecen y que han de custodiar luégo hasta el amanecer en esta dársena. Lo más sorprendente es que, lo mismo que ahora, se les halla durmiendo en erte sitio y en igual forma en las noches cru- das de Enero; y raya en lo admirable el ver cómo al despertar se ponen á cantar, ó se pe- gan de trompadas, tan contentos, holgados y retozones como si salieran de un lecho de plu- mas y damascos. Pero ahora se me ocurre que quizá no les fuera dado á estos infelices en- contrar el sueño entre tanta comodidad y tan- to abrigo. La Providencia suele disponer estos y otros aún más raros contrasentidos en bien de los desgraciados.

Nos aproximamos al *Suizo*, y aunque cerrá- ramos los ojos, nos lo dieran á conocer las *bo- fetadas* que nos sacuden en las narices los *avo-*



mas de la baja-mar. Echemos, pues, por detrás del Muelle, y por de pronto, cedamos la acera á esta parranda de cítaras y guitarras. Los que componen la comparsa son marineros, probablemente valencianos, que matan así, y parándose en tal cual taberna, sus ahorros y el tiempo que les sobra en el puerto.

Estos dos viejísimos edificios que se alzan con dificultad á los extremos de este solar, son lo único que resta de la antiquísima calle de la Mar, rival, como ya te dije, de su contemporánea y hasta *compresora*, la calle Alta. Por tanto, los mareantes del Cabildo de Abajo han tenido que diseminarse por las inmediaciones de sus derrumbadas viviendas. En esta sucia y oscura calle en que ahora entramos se albergan muchos; y si es que no los hueles desde aquí, mira, como testimonios irreprochables, las redes y las sereñas secándose en los balcones, y las bullangueras tertulias en las aceras.—A propósito de bulla, vamos á ver cuál es la causa de la que se oye en la calle inmediata.—Tamboril, castañuelas, pandereatas, cantares y baile alrededor de una hoguera. No siendo hoy día ni víspera de los Santos Mártires, patronos del Cabildo, ni fiesta ordinaria de precepto, necesariamente ha de ser esto una boda. Preguntémoslo. Efectivamente: aquel marinero de rostro cobrizo y de pelo

crespo, y la moza que con él baila, son los novios, según me informan. ¡Ves con qué agilidad se zarandean todos? Pues estremécete: esta mañana se casaron los protagonistas en la parroquia, al amanecer; pasó el cortejo á casa de la novia, y se desayunó; se echó á la calle, y saltando y cantando al son del tamboril, recorrió toda la ciudad; comió y bebió largo y tendido, también en casa de la novia, y bailó después en la sala; tornó á lanzarse á la calle; andúvolas casi todas otra vez; echó las cuatro en una taberna; bailó en ella durante una hora; salió de allí brincando y gritando... y ahí le tienes aún, á las nueve y media de la noche, rematándola entre saltos y cabriolas, como si no las hubiera probado durante el día. Esta es la costumbre aquí en tales lances entre la gente del pueblo, y es bien seguro que estos novios no habrán faltado á ella.—Repara cómo, al son de la fiesta, se piropean esta mujer desde la calle y aquel hombre desde la ventana.

¡Cristo, cómo se ponen! Y por las señas, es un matrimonio.

—Sube á recogerte, ¡bribonaza!

—No me da la gana, borrachón. Aquí me tengo de estar, que lo que tú quieres es acabar conmigo.

—¡Sube acá, pícara, ó abajo yo!



—¡Con la josticia he de hacerte yo abajar, arrastraol!

—Pos yo no te he de dejar á la santimpe-rie... Toma la cama.

¡Cataplum!... Un jergón á la calle... Y ahora el catre.

—Pero, diga usted, buena mujer, ¿qué es lo que pasa ahí?

—¡Ay, señor! ¿qué tiene que pasar? Ese venturao, que es de suyo un enfelizote y güeno como el pan; pero es dao á la mosolina, y en cuanto se prohíbe, se le tristorna el cerebro y no se puede con él. A la probe mujer la pegao endenantes una soba que la doblao; y ahora, porque no asube, la echao la cama por la ventana. Pos el otro día, porque no quería la enfeliz sobir á cenar goliéndose una paliza, dijo él que la iba á abajar la cena; y tan aina lo dijo, despenzó á tirar por la ventana toos los cacharos de la cocina. Y mire usté, señor, ¡quién lo pensara cuando una los vió, como quien dice, ayer, como los ví el día que se casaron los esgraciaos, triscar y bailar, lo mesmo que éstos que está usté viendo ahora á la vera nuestra!

Ya lo oyes, lector; y por cierto que la noticia me ahorra á mí una observación que iba á hacerte, á propósito de los héroes de la fiesta que alumbrá esa hoguera.

Estamos en la calle del Arcillero, la que lle-

va la palma á todas las de Santander en materia de parrandas, pendencias y toda clase de ruidos incómodos, especialmente en noches de *verbena*, carnaval ó víspera de alguna fiesta popular: en estos casos ya sabe el señor Morfeo que no tiene que acudir á estas vecindades. En este instante reina en ellas alguna tranquilidad, lo cual consiste en que se han ido recogiendo en los casuchos que ves á la derecha, el enjambre de comadres, sardineras, raqueros y otros análogos personajes que pululaban poco há en balcones, tabernas, aceras y portales. —Algunos pasos más y nos hallaremos en el punto de donde partimos para hacer la exploración, que podemos dar por terminada en la calle de la Compañía.

Nadie en ella... nadie en la plaza... nadie en las calles inmediatas: algún transeunte, á lo más, que se dirige aceleradamente á su casa. No te extrañe tanta quietud: en el reló del Principal han sonado ya las diez, y esta hora es una especie de escoba que recoge, como por encanto, de las calles de Santander, á todo bicho viviente, menos á los perros... y á los cantadores parrandistas, que ninguna noche se callan por completo hasta que el alba asoma; retíranse los polizontes de su retén del Principal (y aprovecho esta ocasión de presentártelos, ya que no has podido conocerlos ni



en la encerrada, ni en la cuesta del Cordele-ro, ni en otros varios sitios que hemos recorri-do y en los que debiéramos haberlos hallado) y aparecen los serenos... á cantar también, la hora, que es el papel que les está reservado y retribuído en esta pajarera donde todo es mú-sica y gorjeos, ni más ni menos que si en ella fueran cosa inusitada el sueño y el reposo, ó el llanto y los pesares.

Y á Dios te queda, lector... Mas antes de se-pararnos y por si no volvemos á vernos, escu-cha la postrera observación, la última pala-bra, como si dijéramos:

Con lo que has visto y oído durante nuestro paseo, puedes formarte una idea de lo que es la fisonomía general de este pueblo á la luz de la luna: no quiero que me digas ahora si la en-cuentras parecida á la de otros de España que te son muy conocidos, ó si la juzgas digna de estudio por su originalidad; pero seguro estoy de que con estos datos nocturnos, más los que ya posees, tomados por mí del natural, así de este modelo como de la provincia entera, á la luz del sol y hasta á la de los humildes tizo-nes, tienes cuanto necesitas para poder salu-dar al pueblo de la Montaña en sus diversas zonas y jerarquías como á persona conocida; de lo cual me felicito, pues juzgándote leal, confío en que harás justicia á mis paisanos,

concediendo sin rebozo que si en sus costum-bres hay mucho que reprender entre algo que aplaudir, hay, en cambio, muy poco que casti-gar. ¡Dichosos los pueblos de quienes, en los tiempos que corremos, se pueda decir otro tanto!

1870.







## ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo, advertencia, preludio... ó lo que ustedes quie- ran.....	5
Dos sistemas.....	17
Para ser buen arriero.....	49
El buen paño en el arca se vende.....	93
La romería del Carmen.....	111
Las brujas.....	147
Los chicos de la calle.....	199
Blasones y talegas.....	217
Los baños del Sardinero.....	335
Ir por lana.....	353
Al amor de los tizones.....	395
Un tipo más.....	427
Pasa-calle.....	461





